

Vigilia Pascual (08-04-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, hemos pasado estos días juntos en la última parte del camino de Jesús con nosotros, y ahora vemos que empieza otro camino, el camino de la Iglesia, pero ese camino está siempre acompañado de Jesús. Y para que esté acompañado de Jesús, nosotros, que sabemos que está siempre presente, tenemos que aprender a dejarnos acompañar por Él.

Por eso, lo primero que hizo Jesús es identificarse con el ser humano más débil y despojado, más golpeado, más maltratado, porque, de alguna manera, todos somos seres humanos frágiles y, si bien es cierto, algunas personas pueden, en la historia humana, ganar ciertos poderes, nadie deja de ser hijo, todos somos hijos, porque todos somos importantes para Él y todos tenemos que remitirnos a esa fragilidad para ser solidarios.

Por eso, en esa madrugada, en que María Magdalena y la otra María van al sepulcro, algo habían entendido: de que Jesús sepultado se encontraba siempre como disponible a ser encontrado. Evidentemente, ellas buscaban un cadáver, pero el solo hecho de que intentaran acercarse a Él (no como los discípulos que estaban escondidos), ellas tuvieron la valentía, el coraje de asumir lo que Jesús había asumido: *Si a ti te hemos visto muerto, te tenemos que buscar donde estás. No importa, aunque sea así, vamos (como dice, luego, Lucas) “con aromas” a embalsamarte, pero tenemos que siempre tener contacto contigo.*

Y el riesgo de entrar en un sepulcro es como el riesgo de ver nuestros problemas humanos, nuestros sufrimientos, los maltratos que sufrimos, las desdichas en las cuales estamos sumidos, en especial, nuestro país, en este tiempo de terribles lluvias, de desencantos, de contradicciones, de muertos, de heridos, de personas que sufren por todos lados, ...pero que se atreve a buscar. Y, justamente, por eso, estamos aquí, nos atrevemos a “entrar en el sepulcro”.

Y “entrar en el sepulcro” significa estar disponibles a sorpresas, porque nuestro Dios es un Dios que nosotros no podemos predeterminar, Él nos determina a nosotros, Él nos creó, Él nos salvó y Él nos salvará definitivamente como humanidad. Lo importante es atreverse a mirar en el corazón de lo que sufrimos, a mirar nuestras heridas, nuestros pecados, nuestras alegrías y nuestras penas, a comprender lo que vivimos, a apreciar cómo está presente allí, en medio de todo, el Señor siempre, porque como ha dicho el Papa: “El Señor no nos abandona jamás, el Señor siempre nos perdona”.

Y, ¿qué se encontraron las mujeres? Se encontraron una tembladera de tierra, un temblor, se encontraron con un ángel que baja del cielo y se acerca y que corre la piedra y se sienta encima de la piedra. Es bien interesante cuando uno se atreve a meterse y entender qué problema tengo, dónde estoy, en qué país estamos, qué problemas hay, cómo están así las cosas, dónde están las dificultades, y apreciamos y pensamos. Cuando hacemos eso, siempre encontramos alguna sorpresa interesante. Y, justamente, las mujeres nos enseñan ese camino, afrontar, no evadir, no escaparse, afrontar la realidad.

Nuestros seminaristas, estos días, en el Seminario, están yendo a muchas parroquias, a unas realidades distintas a

las que han tenido, y es bonito porque, casi todos nuestros seminaristas vienen de ustedes, del pueblo simple y sencillo. No nacieron con corona, nacieron junto con la gente, como todos nosotros, en nuestros barrios de la ciudad. Y, ¿dónde van a hacer la pastoral? Justamente, a los barrios y es interesante porque, a veces, en los barrios, existen problemas, existen los chismes del barrio: “Mira, a ver, ¿cómo se estará comportando el seminarista?”, “¿se portará bien, se portará mal?”, lero lero, candelero, las señoras empiezan a chismear sobre cómo está la vida del seminarista.

Sin embargo, volver – qué curioso- a nuestros sepulcros también, a nuestros problemas, a nuestros mundos, es importante porque es allí que el Señor se depositó para resurgir y hacernos a nosotros reengendrar y regenerar nuestras vidas. No olvidemos, entonces, esa costumbre tradicional que hay en el pueblo, de visitar las tumbas de nuestros antepasados, como ahora también nuestro pueblo se subió al Cerro San Cristóbal a adorar la Cruz.

No temamos, no temamos afrontar, ver cara a cara dónde están los problemas. Y de esas sorpresas, este aspecto de relámpago y de vestido blanco que tenía, emerge un miedo (dice que se quedaron como muertos, sobre todo, los soldados), pero también emerge una palabra, los ángeles hablan. La palabra “ángel” significa cartero, el que nos da noticias. Y, por tanto, les dice unas palabras que, después, Jesús va a reafirmar: *“Ustedes, no teman, ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado, como había dicho. Vengan a ver el sitio donde lo pusieron y vayan a prisa a decirle a sus discípulos”*.

Lo más importante es que, no solamente es la sorpresa del ángel que se sienta, además, en la piedra después de

moverla, sino que, además, les anuncia que no hay que temer, no hay que temer “entrar al sepulcro”, no hay que temer en buscar a Jesús en nuestros problemas. Por eso tenemos que ir al sitio donde está el Señor para encontrarlo.

Pero, a su vez, les da este anuncio que, no es solamente visitar el sepulcro, sino salir. Parece que el Señor le había dicho al ángel: “Dales este mensaje: Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de ustedes a Galilea, allí lo verán, este es mi mensaje”. Esas son palabras que Jesús le comunicó y, ciertamente, el ángel obedeció, pero no sin antes revisar el sepulcro, para recordarnos que la única manera en que realmente se nos aparece el Señor es cuando escuchamos su Palabra, vamos a donde Él nos manda, pero, antes, afrontamos el mundo difícil que tenemos, porque, si no todo se convierte en una cosa evasiva, un cristianismo de andar en las nubes... ¡nos creemos todos ángeles! Y empezamos a volar...

Ellas, entonces, tienen la misma actitud de obediencia: se marcharon a prisa del sepulcro. Y dice que estaban *asustadas* y, a la vez, *llenas de alegría*. Lo propio cuando uno tiene que enfrentar una realidad difícil y, simultáneamente, empieza a darse cuenta de que hay cosas interesantes que pueden solucionarse; porque este ángel les ha dado un camino, un camino interesante para poder realmente encontrar al Señor y, por lo tanto, encontrarlo fuera del sepulcro, ya resucitado.

Y se fueron así, medio asustadas y medio alegres a anunciar a los discípulos. Eso nos recuerda una cosa muy importante, hermanos: que anunciar la alegría de la Resurrección no es, simplemente esa frase que hay: “Cristo te ama, sonríe”. No es un juego, no es una frase hueca, es

viviendo hondamente el drama del Señor en su muerte, dejar escuchar en nuestro oído su Palabra y obedecerlo para poder encontrarlo, y sentir el atisbo de la alegría porque hay algo interesante que se está proponiendo.

Dice aquí que, *mientras corrieron*, estaban en carrera ellas ya, Jesús mismo salió a su encuentro, de tal manera que, si nosotros, después de afrontar un problema y de atisbar algo interesante, por el rabito del ojo, nos damos cuenta de que hay algo genial y, entonces, si nos apresuramos a comunicarlo, a compartirlo, nos vamos a encontrar con Jesús. Y al encontrarnos con Jesús, vamos a recibir esta palabra: *“¡Alégrense!”*. Y, luego de eso, ellas, evidentemente, se alegran tanto que se ponen de rodillas, lo abrazan con todo el corazón, están en el suelo, están felices, pero Él sentía que algo de miedo quedaba. Y les dice: *“No tengan miedo, avisen a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán”*.

Y terminemos con esto, porque este es el mensaje principal que, el día de hoy, el Papa Francisco lo ha dicho a todos los que han celebrado en San Pedro: “Vayan, ustedes, a Galilea y allí me verán”. ¿Por qué ir a Galilea? Porque allí comenzó esta historia, porque Jesús quiso, siendo Él de Belén y de la zona sur que, en esa época, era la zona, así como Lima respecto a las provincias. Así era el centro: era Jerusalén y los alrededores, y después estaba en el norte, Galilea, que es la zona más pobre, (el Ayacucho, el Juli, Huancané, la selva, respecto a Lima, en el Perú). Y es que allí, en las zonas periféricas, marginales, allí Jesús comenzó su camino y escogió a los discípulos. Dijo el Papa: “Recordar para caminar”. Por eso, les decía que es tan importante que ustedes, luego, vayan a sus barrios, a

identificarse con todo lo que Dios les dio desde sus “galileas”.

Y, también todos, nosotros, no podemos olvidar de que todos siempre tenemos un origen humilde, para no olvidar jamás a los humildes, a los pequeños, y pensar siempre y organizar nuestras vidas, ayudando, compartiendo y haciendo posible la vida de los que están en el margen. Y este inicio en Galilea es como había comenzado, justamente, Jesús, reuniéndolos a ellos, y empezaron a encontrarlo y vivieron un camino difícil con Jesús, pero precioso, porque los acompañó, los hizo sus amigos, centraron sus vidas en las obras de misericordia, vieron cómo actuaba Él, Él los hizo ser discípulos suyos para que ellos también hicieran sus obras (les dio su poder). Y lo que no habían sido antes, que eran solamente pescadores, ahora eran pescadores de hombres.

Y qué cosa tan bonita dijo el Papa Francisco, hoy día: “Volver al primer amor”, por eso “recordar”. Todos, de alguna manera, nos hemos enamorado. Todos ¿no? Las parejas que están aquí presentes, los jóvenes que se enamoran de su vocación, les gusta, a veces, como acólitos, a veces porque la abuelita les enseñó la fe y se llenaron de alegría... todos no podemos vivir si no estamos enamorados. Pero siempre hay un punto de partida de ese amor, en donde uno descubre al Señor y quiere ser cristiano, quiere vivir como creyente, porque eso llena el yo profundo de cada uno.

Pues, hoy día, nos dice el Señor que volvamos, todos, siempre, a recordar nuestros inicios y, luego, actualizarlo en la nueva situación que estamos viviendo, para que renovemos la primera alegría y sigamos caminando en nuevas situaciones, siempre con el recuerdo del primero,

renovado y restablecido, ese primero, en todas las circunstancias que vienen después. Entonces “recordar y caminar”, como dijo Papa Francisco.

Y, ¿qué pasa cuando volvemos a lo primero? Que recordamos el olor que había, el color que había, la tarde. Hay esposos que, cuando se encontraron inicialmente, él dice: “Ese día hubo golpe de estado”, y la otra, le dice: “¡no!, ese día empujaban en el microbús” (se habían conocido en el microbús), pero recuerdan exactamente unos hechos, a veces, tontos, pero allí se conocieron, allí fue el primer flechazo, que siempre se recibe antes que uno lo da. Uno se encuentra con la persona amada o con la vocación es así. No creía uno que era para eso y, sin embargo, descubrió que había algo interesante.

Y si uno no vuelve a eso, ocurre lo siguiente: empieza a llenarse de otras costumbres sin fundamento, y empieza a ponerse a la moda. Como dice el Papa: “Si se hace sacerdote, se hace sacerdote de corte”, de modos, de formas un poco postizas, pero no con el primer amor que lo hace vibrar a uno, porque ese fue el llamado que lo llevó a una decisión profunda hasta toda la vida.

Y en los matrimonios sucede, también. ¿No les ha pasado a ustedes, que uno no recuerda los primeros tiempos? Y, entonces, ahora, todos son riñas, que tú eres así, que no sé qué, que hueles acá y hueles allá... y no vamos a por qué nos unimos, porque allí empezamos un camino.

Por eso, hoy día, vamos a volver no solo al sepulcro, es decir, a nuestros aspectos negativos, sino al primer amor que viene de parte de Dios para que empecemos un camino vocacional, generando familia, generando una vida de laico, soltero o casado, o una vida de sacerdote, pero en

donde siempre está el Señor, diciéndonos: “*Alégrate, no temas, estoy contigo siempre*”.

Y, por eso, terminamos con esta expresión de la Carta de San Pedro, que es muy similar a lo que dice San Pablo a los Romanos, pero es muy bonito lo que dice: “*Por la resurrección, Jesucristo nos ha reengendrado a una esperanza viva*”.

¿Qué ha hecho Jesús? Comunicarnos una vida tal que somos reengendrados, no solamente hemos renacido, sino que, somos algo así, como fecundados otra vez, vueltos a un vientre materno para poder, luego, nacer. Y nos ha reengendrado, por eso, con una esperanza viva, no una esperanza muerta.

¿Cómo es una esperanza muerta? Una esperanza que se acaba apenas se satisface. Ustedes hacen la cola del pan y están desesperados porque la cola es de una cuadra, pero, al final, cuando llegan, se acaba la esperanza, porque ya se compró el pan. O cuando ustedes están esperando que yo acabe de hablarles y cuando acabe de hablar, ya, por fin, acabó... y se acaba la esperanza.

Pero hay una esperanza que no muere nunca, que todos tenemos en el corazón: eso se llama *esperanza esperante*, es una esperanza que siempre está presente a pesar de todo. Y, ¿qué hace nuestro Señor? Se coloca en esa esperanza para que todos la luchemos siempre, no por nuestro ahínco o empecinamiento, sino por nuestra apertura por del deseo que el puso en nosotros de siempre buscar mas alla.

Les invito mañana a leer una entrevista que me han hecho en El Comercio, porque el periodista me interrogó sobre esa esperanza, porque dice: ¿Y cómo sube tanta gente al

cerro San Cristóbal?, ¿qué la mueve? ¡Masivamente, millones! La esperanza esperante, pues, porque esperamos contra toda esperanza, esa esperanza que no muere, además, en el país que vivimos, es la que nosotros debemos tener, porque esto se vuelve difícil y, cuanto más difícil es, hay que seguir hasta encontrar en el amor del Señor que nos ha comunicado la capacidad de satisfacer esa esperanza. Y, como nunca se satisface, siempre puede ser más bonito todo, siempre, inclusive, cuando consigamos algo realmente generoso y justo en el país, estaremos siempre impelidos de hacerlo más bonito todavía.

Y esa es nuestra tarea de cristianos y de peruanos, tercer país en el mundo más religioso. Tenemos, entonces, que estar a la altura de lo que somos. De repente, nos ganamos el campeonato mundial de pueblo religioso, si es que hacemos de nuestra esperanza, una esperanza que siempre es creativa y viva, siempre suscita y no se deja amilanar por nada; que tampoco es despreciadora de nadie, pero que trata siempre mejorar a pesar de todo.

Por eso, entonces, ahora, también, como parte de esta preciosa experiencia de fe y de liturgia, vamos a hacer las promesas bautismales, vamos a bautizar a algunos de ustedes y vamos a confirmar a algunos otros.

Vamos juntos a orar.